

El retorno de la ética

Juan Vicente Aliaga

Se me ha pedido un comentario sobre las perspectivas futuras de la crítica de arte y del comisariado, y lo agradezco sobremanera. No obstante, se me antoja más pertinente, en vez de aventurar tendencias venideras y nuevos asuntos que requieran la atención de quienes desempeñan esas funciones, abordar otro tema realmente acuciante especialmente ahora que estamos inmersos en un periodo de zozobra y crisis.

Por ello en vez de apuntar a cierta prospectiva y siendo consciente de que mi papel aquí no es el de un arúspice o chamán que lee en el poso de cualquier brebaje en pos de señales clarividentes del futuro, sí quisiera señalar algunos aspectos significativos de las características de la crítica de arte hoy y también del comisariado, tanto en el estado español como allende las fronteras. Para empezar, ambas actividades, que para algunos supone una profesión, no han de ir juntas de forma forzosa y de hecho hasta hace unos años casi nunca iban a la par. Quienes ejercían la crítica argumentaban y reflexionaban desde el espacio de una columna o de una reseña en una publicación enmarcada en el ámbito del arte, o en la menos especializada parcela que dejan al estudio del arte las páginas de cultura de los periódicos.

En el último decenio del siglo pasado y en lo que llevamos de la actual centuria el solapamiento entre ambas funciones ha ido *in crescendo*. Sin duda, una de las razones obedece a que en algunos países las tareas curatoriales están mejor remuneradas que las de un colaborador o un corresponsal en una publicación cualquiera. También la labor realizada es distinta y probablemente el riesgo en que se incurre y la responsabilidad es de otro nivel, sin que por ello le reste un ápice de compromiso al esfuerzo de la crítica verdaderamente analítica (no tanto al de un simple cronista, gacetillero o plumilla de circunstancias). En principio no veo objeción alguna a que en una misma persona cohabiten ambas ocupaciones a condición de que se respeten ciertos límites. Entre ellos estaría, dado que estamos implicados en un mundo de claras connotaciones económicas, no escribir siempre y de manera reiterada sobre los mismos artistas o acerca de exposiciones presentadas en las mismas galerías, museos o centros de arte, lo cual no tendría por qué significar un impedimento o traba a la libertad de expresión y de elección de los asuntos y cuestiones estéticas a tratar. A todas luces no parece muy honorable escribir, en particular de forma laudatoria y ditirámica, sobre una exposición que uno mismo ha comisariado. Mucho peor sería aceptar las presiones (directas o vicarias) del mercado del arte para deshacerse en elogios sobre determinada obra a cambio de prebendas

mezquinas o por otros motivos espúreos. Dicho esto, no estoy planteando un paradigma de crítica de arte en que quien la ejerza se mueva en un espacio de pureza inmaculada, pues, amén de imposible, sería también falaz. Sin embargo, y por poner un ejemplo, sería aconsejable en la política deontológica de los periódicos generalistas y en las revistas de cultura y arte que quienes reciban el encargo de plantear un tema vayan con los gastos pagados como se hacía, al menos hasta hace unos años, en el diario francés Libération. Si un centro de arte privado o una institución pública invita al interfecto cabe la posibilidad de que el producto de su ojo crítico se haya suavizado por el camino.

El crítico por otro lado ya no es ese temible personaje (*Der Kunstkritiker*) que retrató con sorna Raoul Hausmann en 1919-20 y cuya estilográfica se asemeja a un punzón, pero sí que podría afirmarse sin género de dudas que está influido por los vaivenes del capital y por los intereses creados, como parece sugerir el artista dadaísta al yuxtaponer junto al cuello del personaje un billete de banco.

Por otro lado, no puede olvidarse que el peso, el impacto y la repercusión de la crítica contemporánea son relativos, más bien escasos diría yo, pues apenas goza de lectores (ni siquiera entre estudiantes de bellas artes o de historia del arte). Y eso que plataformas no faltan y no sólo las impresas en papel: en el espacio electrónico circulan muchos textos, tal vez demasiados dada la escasez de tiempo para digerir y asimilar tanta saturación icónica y textual. Además, la aparición de la blogosfera, que algunos ven como indicio de la democratización de la crítica de arte, y otros como un incremento del “todo vale” y de lo trivial (así como del robo de ideas ajenas, aunque conviene puntualizar que el plagio es una práctica antigua) ha acentuado el número de voces que se han hecho un hueco en todo el planeta.

En los últimos años (probablemente la reducción de recursos crematísticos debido a la crisis vaya a modificar esta situación) hemos estado viviendo una auténtica hipérbole de la práctica del comisariado. Son tantas las iniciativas, las exposiciones, los catálogos y libros generados por esta actividad, tanta la inmediatez de la información (a golpe de ratón, como se dice) y tan vertiginosa la celeridad de la comunicación (móvil, email...) que la sensación de hartura y de superficialidad y vacuidad parece inevitable. Se ha impuesto cada vez más una curadoría *prêt-à-porter*, apuntalada en un conocimiento superficial, falta de asentamiento intelectual, en muchos casos sin contacto personal ni con los creadores o productores de ideas ni con los hacedores de otras tareas comisariales. Todo ello favorecido por la facilidad de los desplazamientos transoceánicos, y por las demandas de la industria fabricante de mercancías artísticas y culturales, y por la voracidad del mercado, amén de por una competitividad

desenfrenada que hace que el/ la comisario/a esté con los ojos permanentemente puestos en un ordenador que no cesa de vomitar flujos de datos y más datos.

El tiempo de reflexión, de pausa y serenidad para calibrar el sentido de las cosas -la producción de significado- parece haberse esfumado ante las presiones que llegan de múltiples frentes. El apremio ante tanta tentación alimenta sin duda, y ahí está el quid de la cuestión, la avaricia desorbitada de algunos críticos y comisarios que organizan multitud de actividades a la vez con resultados a menudo desalentadores. Un ejemplo cercano lo depara a mi juicio el IVAM en la actual etapa dirigida (es un decir) por Consuelo Ciscar, en la que se han visto muestras sonrojantes, preparadas a mata caballo, sin ningún, rigor para llenar una programación que hace aguas.

Es preciso recuperar un sentido responsable y ético tanto en el trabajo de la crítica escrita (que a veces descalifica y cae en improperios tabernarios, se escuda frecuentemente en el anonimato en el ámbito de la red, o abusa de las frivolidades y lo inane) como en la labor de los *curators* internacionales y nacionales en los que asoma en demasía ese billete del fotomontaje de Hausmann, movidos por el afán de nombradía y de protagonismo y por el ego excesivo. Huelga decir que no estoy proponiendo que los comisarios no deban ser remunerados; me parece una tarea encomiable pero que ha de dignificarse en los modos, las maneras, las formas, los comportamientos...

Para aclararlo pondré un ejemplo foráneo que sirva también de conclusión. La reciente exposición (diciembre 2008-febrero 2009) *Indian Highway* organizada por la Serpentine Gallery de Londres ha sido cuestionada, por parte de algunos galeristas, críticos y artistas del subcontinente indio, y también en Gran Bretaña, no sólo por los humos neoimperiales que se daban algunos mandamases del citado centro de arte, sino por la organización apresurada, inconsecuente de la misma y por la chapucera adaptación a un espacio que es demasiado reducido para abarcar tal cúmulo de obras de un número considerable de artistas. India está de moda. De ahí que algunos debieron pensar que bastaba con una visita fugaz, y con un conocimiento ralo, somero, para extraer la *esencia* de ese inmenso país. Craso error.

Cualquier perspectiva futura de la crítica de arte y del comisariado debería tener en cuenta lo señalado, de modo que el retorno de los valores éticos cristalizase en los usos, los hábitos y las costumbres.